

Paul Deschanel

Los partidarios del sufragio indirecto o sea de un colegio electoral para designar al Presidente de la República hemos tenido una prueba más, muy brillante por cierto, de la eficacia del sistema, con la reciente elección verificada en Francia.

Georges Clemenceau es un octogenario lleno de gloria y de energía. Después de un largo pasado en que su figura se destacaba en primera línea entre los más hábiles polemistas del Parlamento, el Ministro de la Guerra de los últimos tiempos, el infatigable defensor de la patria, se ha labrado un pedestal que el mismo Gambetta le habría envidiado. Pero Clemenceau es demasiado fogoso a pesar de su ancianidad, y su alma apasionada tiene aún visibles preferencias por el combate para que el papel de Presidente, dentro del régimen parlamentario, pudiera recortarse a su medida. Por esta razón seguramente fracasó esta candidatura. Clemenceau guardará el título de «Pere la Victoire», que le dieron en el frente y su muerte será un simple tránsito para su definitiva apoteosis en el Panteón.

Podía temerse una elección de compromiso en la que resalta la envidia de las democracias, elevar al solio a un personaje insignificante, de esos que no inspiran ni amor ni odio y que en su mediocridad poseen algunas cualidades decorativas, pero el momento histórico tiene gran importancia para la nación que fué la víctima principal de la magna guerra, inmolada en legítima defensa y en pugna por las libertades del mundo.

Con un tino admirable, el Congreso de Versalles resolvió el 17 de enero próximo pasado el arduo problema, coronando la carrera de Paul Deschanel, el hombre más adecuado para el alto puesto, uno de los más gallardos *principes* de la moderna democracia.

Su padre, Emilio Deschanel, vivía dedicado por entero al culto de las letras y enaltecía una de las cátedras universitarias. Pero a la hora del naufragio de las libertades políticas, al iniciarse el segundo imperio napoleónico, el profesor se irguió como altivo ciudadano y tuvo la honra de marchar al destierro con Víctor Hugo, Edgard Quinet y algunos más que se establecieron en Bruselas.

Muchos años después, derrumbado el imperio, pasada la crisis de la guerra, la República devolvió a Deschanel su cátedra de literatura superior en el Colegio de Francia y su nom-

bre figuró entre los senadores vitalicios.

Paul nació en Bruselas en 1856 y el gran poeta proscrito, amigo de su padre, fue su padrino de bautismo. Su educación esmerada correspondió a esta solemne iniciación en la vida. Muy joven obtuvo los diplomas de Licenciado en derecho y en letras y su dicción impecable obtenía en las academias de estudiantes y en las reuniones mundanas muy legítima consagración.



Paul Deschanel

Por su madre, de nacionalidad inglesa, ha heredado quizás esa escrupulosa necesidad de corrección en el lenguaje, en las maneras y en el vestir.

De los políticos ingleses tiene también dentro de los remolinos de ideas y de intrigas que originan frecuentemente el caos parlamentario, algo que lo ha caracterizado desde los primeros pasos en la vida pública: elevación de miras, ideal patriótico que prevalece sobre los derroteros de ambiciones transitorias, *esprit de suite*, lógica en las tesis defendidas, consecuencia consigo mismo, firmeza en la conducta, disfrazada apenas por la cortesía con que acoge y trata a sus más radicales adversarios.

Su primer puesto fué el de subprefecto de una pequeña localidad, algo como una pasantía administrativa, más tarde se le nombra secretario de un

Ministro y en 1885 tiene la honra de tener ese mismo puesto con Jules Simon, el grave pensador, a su paso por un gabinete.

El Departamento de Eure et Loire acoge el nombre del funcionario para una diputación y abre así su verdadera carrera. Nogent-le-Rotrou es la circunscripción que después con fidelidad memorable le ha dado constantemente sus credenciales para el Palacio Borbón.

Durante dos años desempeña junto con su colega Poincaré, la Vicepresidencia de la Cámara de diputados y en 1898 obtiene en reñida batalla contra Mr. Brisson, jefe del partido radical, la presidencia de la Asamblea, que ha desempeñado casi sin interrupción, por espacio de veinte años. Anualmente, como entre nosotros, se renueva el Directorio de la Cámara y es un timbre de honor para Deschanel, que en aquella atmósfera caldeada de pasiones, los votos de la mayoría, constantemente acrecentada, hasta este mismo año, en que obtuvo la casi totalidad de los sufragios, lo hayan designado para el sillón presidencial. Su elección para la primera magistratura del Estado ha sido pues un ascenso perfectamente merecido y así lo prueba la coalición de voluntades de los más opuestos partidos y tendencias que le dieron la victoria.

Permítasenos analizar sumariamente algunos de los rasgos esenciales de esta carrera excepcional. Desde que Deschanel se presenta en el Parlamento, parece obedecer a una consigna: combate las ideas, no a los hombres, desdeña las querrelas de partido, participa en los grandes debates en que está empeñada la suerte de la patria. Sus discursos, por lo mismo, son casi siempre aplaudidos unánimemente y a menudo reciben el honor de la publicación por decreto especial.

Pero no quiere decir esto que este hombre público no tenga ideas fijas y definidas en política, no, él es liberal moderado, desea la reforma de la constitución, para amoldarla a las exigencias de la vida moderna y aspira a que el Ejecutivo tenga más fuerza y menos vaivenes para que como en la República americana su acción se haga sentir y modere los desmanes de las asambleas.

En la ruda lucha de los colectivistas que pretenden poseer el monopolio del mejoramiento social, se mezcló ardientemente, combatió con frecuencia al gran leader Jaurés y expuso ya a sus electores, ya a sus colegas, en luminosos discursos, cuáles eran sus preferencias de doctrina. Según una fórmula concisa de Poincaré, «Paul Deschanel ha defendido, mejor dicho, constituido frente a las utopías